

Disidentes

—*T*emo que no pase de este invierno —me dice Radcliffe, en susurros.

El sacerdote saca una moneda del bolsillo y se la da a un anciano que está sentado en la calle, dirigiéndose a él por su nombre. Habla un momento con él, y luego reanudamos el camino por las calles de Oxford, en Inglaterra. Hace un frío glacial.

552 —Tengo la impresión de que cada año envejece cinco.

Timothy Radcliffe conoce a todos los sin techo de su barrio e intenta ayudarles con los pocos medios de que dispone. Un pequeño gesto que no es gran cosa, banal en su simplicidad, y que resulta raro en una Iglesia «autorreferencial», que ha tendido a alejarse de los pobres.

Ese fraile dominico no es propiamente dicho un rebelde: es un sacerdote y teólogo inglés de fama internacional y una de las grandes figuras de la Iglesia, puesto que fue «maestro» de la orden de los dominicos desde 1992 hasta 2001. Y sin embargo, Radcliffe se alinea con los espíritus críticos.

Mientras el Vaticano de Benedicto XVI se encuentra en estado de sitio, el secretario de Estado Tarcisio Bertone pierde el control de la situación y la oposición se intensifica en la curia romana, aparecen otros frentes. En todo el mundo, los «disidentes» empiezan a rebelarse contra la intransigencia y la inflexibilidad del papa. Timothy Radcliffe es uno de los que se oponen a la deriva conservadora del pontificado.

—Durante mucho tiempo detesté a Ratzinger, era más fuerte que yo. Incluso escribí un artículo contra él. Pero después, cuando fui a Roma como maestro de los dominicos y le conocí, cambié

de opinión. Por aquel entonces él era cardenal y podía hablarle en confianza, porque yo representaba a una de las órdenes importantes de la Iglesia. Discutí mucho con él. Y debo decir que se podía debatir con Ratzinger, aunque estuviéramos en desacuerdo. Acabé respetándole y hasta le cobré afecto.

Tras una primera entrevista con Radcliffe en el convento de los Blackfriars, cerca del campus de la Universidad de Oxford, donde vive, continuamos la charla en un restaurante francés de la ciudad. Radcliffe tiene tiempo: convertido en conferenciante internacional, no ha de tomar el avión hasta la mañana siguiente. Pasamos la velada hablando y esa noche me quedo a dormir allí, en el convento de los hermanos de Blackfriars, para no tener que regresar a Londres en el último tren.

Cuando en 1992 los dominicos pusieron al frente de la orden al muy liberal y *gay-friendly* Timothy Radcliffe, el Vaticano se quedó estupefacto. ¿Cómo había podido producirse semejante error? ¿Se habrían vuelto todos locos los dominicos? Los cardenales Angelo Sodano y Giovanni Battista Re, escandalizados, buscan una 553
estratagema para oponerse a esta elección. ¿Se insta al cardenal encargado de las órdenes religiosas, Jean Jérôme Hamer, un belga, a que tome medidas de retorsión!

—Hamer, que también era dominico, ¡me hizo el boicot! Tras mi elección, ¡solo iba a visitar la orden cuando yo no estaba! Luego, hablamos. Me aceptó mejor. Más tarde, ¡solo iba cuando yo estaba presente! —me cuenta Radcliffe.

Hay que decir que Timothy Radcliffe es una *rara avis* en el catolicismo romano: un teólogo abiertamente «progay». Siempre ha defendido a las personas LGTB y ha hecho gestos significativos para incluirlas en la Iglesia. Ha declarado específicamente que los homosexuales pueden ser fieles a Cristo y que las relaciones entre hombres pueden ser tan «generosas, vulnerables, tiernas o mutuas» como las relaciones heterosexuales. Ha publicado además un libro sobre el tema del sida y ha adoptado posturas valientes respecto a la cuestión del preservativo.

—Qué más da si uno es gay o heterosexual: lo esencial es amar —me dice Radcliffe en nuestra entrevista, en la que habla con una gran libertad, tal vez bajo la influencia de un Côtes-du-Rhone potente.

Son raros los prelados de ese nivel que hablan sin circunloquios. Radcliffe no tiene ningún tabú respecto a la homosexualidad y la homofilia de la Iglesia. Nunca, él no milita: relata los hechos. Con calma, serenamente. Predica.

Su cultura es inmensa, teológica por supuesto, pero también filosófica, geopolítica y artística. Es capaz de escribir largos artículos sobre Rembrandt o ¡una apasionante comparación entre *Parque Jurásico* y la *Cena* de Leonardo da Vinci!

Durante sus años romanos, el dominico se aproximó al ala moderada de la Iglesia y trabó amistad con los grandes cardenales liberales Carlo Maria Martini y Achille Silvestrini. Me explica sus paseos conjuntos por la capital en el pequeño coche de ese último.

Su larga etapa en el Vaticano estuvo marcada, al final del pontificado de Juan Pablo II, cuando la Iglesia de los cardenales Sodano y Ratzinger se volvió ultraconservadora, por la necesidad de proteger a los teólogos disidentes que muchas veces estaban amenazados. Radcliffe defiende a numerosas figuras clave, entre las que se encuentra en primer lugar el teólogo de la liberación Gustavo Gutiérrez, que precisamente se hace dominico...

—Al entrar en la orden, estás protegido. Los dominicos, por supuesto, protegen a sus hermanos —comenta sencillamente Radcliffe.

El sacerdote actúa discretamente en estas luchas pero, según otras fuentes, Timothy Radcliffe intercedió por algunos sacerdotes que se exponían a ser excomulgados, envió numerosas cartas y, en los casos más difíciles, fue a ver al propio cardenal Ratzinger para defender una causa, evitar un castigo o solicitar un aplazamiento. Frente a la «técnica del títex» del cardenal, que consistía en tachar los nombres de los disidentes que no le gustaban, el dominico optó por discutir.

¿Disidente? Radcliffe es simplemente creyente y exigente. Cuando nos despedimos, añade, insistiendo mucho en ese punto:

—Amo a mi Iglesia. Sí, la amo.

James Alison es uno de esos disidentes que hubo que proteger. Inglés, como Timothy Radcliffe, y formado también en los dominicos, ese sacerdote es una de las personas más valientes que

he encontrado en la Iglesia. Teólogo y sacerdote abiertamente gay, Alison es un buen especialista en América Latina, donde vivió muchos años, sobre todo en México y Brasil. También vivió una larga temporada en Estados Unidos, antes de instalarse en Madrid.

Nos encontramos en una vinoteca del barrio gay de Chueca, y Alison va acompañado de su perro Nicholas, un bulldog francés adoptado en Brasil. El sacerdote me habla de su trayectoria y de su pasión por viajar. Ese *travelling preacher* recorre el mundo dando conferencias, participando en coloquios y, de paso, no tiene reparos en celebrar misas para grupos LGTB. En Madrid, por ejemplo, le veo officiar en un pequeño local de Chueca, donde se reúne la asociación Crismhom, un grupo de cristianos gais que cuenta con más de doscientos miembros.

Como Alison ejerció el sacerdocio durante mucho tiempo en América Latina, me explica el combate entre Joseph Ratzinger y los teólogos de la liberación. Durante varios decenios, el cardenal persiguió obsesivamente al teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, instado a explicarse delante del gran profesor alemán, llamado a Roma y humillado. El brasileño Leonardo Boff, figura muy respetada en América Latina, también fue humillado y reducido después al silencio por Ratzinger por sus tesis controvertidas, antes de que decidiera abandonar la orden franciscana por razones personales. El sacerdote y teólogo jesuita Jon Sobrino, otro padre de la teología de izquierdas, fue literalmente atacado por Alfonso López Trujillo y Joseph Ratzinger durante muchos años. En cuanto al marxista Frei Betto, uno de los teólogos progresistas del Brasil, que pasó varios años en prisión durante la dictadura, también fue reprendido por el papa.

Lo que resulta paradójico en esta batalla de frente invertido es que las grandes figuras de la teología de la liberación —Gutiérrez, Boff, Sobrino y Betto sobre todo— eran religiosos manifiestamente no gais, mientras que la mayoría de los cardenales o de los obispos que les atacaban, en América Latina o en el Vaticano, y les acusaban de «desviaciones» de la norma ¡eran homófilos u homosexuales practicantes! Pensemos tan solo en los cardenales Alfonso López Trujillo o Sebastiano Baggio, entre otros... En definitiva, el mundo al revés.

—Siempre sentí mucho respeto por la teología de Benedicto XVI. Lo único que lamento es que Ratzinger acentuara la desolación intelectual decretada por Juan Pablo II. Y estoy muy contento de que el papa Francisco haya rehabilitado a muchos de esos pensadores marginados durante demasiado tiempo —resume Alison con prudencia.

El cardenal Walter Kasper, figura principal del ala liberal de la curia y uno de los inspiradores del proyecto del papa Francisco, matiza la situación:

—Esas figuras de la teología de la liberación son muy diferentes. Gustavo Gutiérrez, por ejemplo, estaba sinceramente comprometido con los pobres. No era agresivo, pensaba en la Iglesia. Para mí, era creíble. Boff, en cambio, tal vez tuvo una actitud muy ingenua ante el marxismo, por ejemplo, y era más agresivo. Otros decidieron unirse a las guerrillas y tomar las armas. Eso no podíamos tolerarlo.

556 Respecto a la problemática gay, la teología de la liberación actuó de forma relativamente lenta y dividida, pero luego se situó a la vanguardia de la *queer theology*. Prisioneros de la vulgata marxista, son pocos los pensadores de este movimiento «liberacionista» que comprendieron precozmente la importancia de las razas, del sexo o de la orientación sexual en la exclusión o la pobreza. Así lo reconoce en nuestra entrevista en Río de Janeiro el dominico brasileño Frei Betto, una de las figuras clave de ese movimiento:

—La teología de la liberación evolucionó en función del contexto. Al principio, en los años sesenta y setenta del siglo pasado, el descubrimiento del marxismo fue determinante como marco de análisis. Todavía hoy, Marx es fundamental para analizar el capitalismo. Al mismo tiempo, a medida que han surgido nuevas cuestiones, la teología de la liberación se ha ido adaptando. Respecto a la ecología, por ejemplo, Leonardo Boff es reconocido hoy en día como uno de los padres de la ecoteología, e influyó mucho en la encíclica del papa sobre la ecología integral *Laudato si!* Y gracias a las mujeres comprometidas en las comunidades de base, y también a las teólogas feministas, han surgido cuestiones como la sexualidad y el género. Yo mismo acabo de publicar un librito sobre temas de género y de orientación sexual. No hay ningún tema tabú para nosotros.

Por su parte, el cardenal arzobispo de São Paulo, Paulo Evaristo Arns, afín a la teología de la liberación, se atrevió a alentar el uso del preservativo y a criticar a Juan Pablo II por haber impedido el debate sobre el celibato de los sacerdotes, que, en su opinión, carecía de una base seria (también fue a Roma para defender a Boff contra Ratzinger). Afeminado y amanerado, Evaristo Arns era tan extrañamente *gay-friendly* que algunos teólogos brasileños, amigos suyos, sospechan que él también tenía tendencias, lo que explicaría, según ellos, su liberalismo. Pero esta suposición, que escuché varias veces durante mi investigación en Río, Brasilia y São Paulo, no parece estar basada en ningún hecho específico ni ha sido nunca confirmada. En cambio, lo que sí es cierto es que fue un opositor de la dictadura en Brasil y que «celebraba misas por las víctimas del poder militar» (según el testimonio, que recojo en São Paulo, de André Fischer, una de las principales figuras del movimiento gay brasileño).

En cualquier caso, fue en el movimiento de la teología de la liberación, y mucho más tarde (a partir de los años noventa), donde apareció finalmente una corriente activa progay, y el hermano James Alison fue uno de sus teóricos: una verdadera *gay theology*. 557

—Alison fue uno de los que se anticipó y acompañó a ese movimiento de la teología de la liberación hacia el feminismo, hacia las minorías, hacia los gais —me confirma Timothy Radcliffe.

En esta evolución intelectual un poco inesperada, la teología de la liberación empezó a reflexionar sobre la pobreza y la exclusión, ya no refiriéndose a una clase social, o a un grupo, sino a individuos. Este es el resumen del teólogo alemán Michael Brinkschröder, al que entrevisto en Múnich.

Comenzaron a interesarse por el individuo y su origen, su raza, su sexo y su orientación sexual. Por eso, las referencias marxistas fueron cada vez menos eficaces, y se sustituyeron por la *french theory* (la filosofía de Michel Foucault, Gilles Deleuze, Jacques Derrida, René Girard) y el pensamiento feminista radical (Judith Butler). Y así fue como se pasó de la teología de la liberación a la *gay theology*, y luego a la *queer theology*.

Teólogos como el estadounidense Robert Goss (un exjesuita abiertamente gay), la feminista radical Marcela Althaus Reid en Argentina, los brasileños Paulo Suess y André Musskopf (un lu-

terano), o incluso el fraile dominico Carlos Mendoza-Álvarez en México contribuyeron a definir o a alimentar esa *queer theology*. Podemos citar también el nombre del brasileño Luiz Carlos Susin, un fraile capuchino que, según me dice, fue «el organizador de un *side event* sobre la teología “*queer*”, en 2005, en una de las primeras ediciones del foro social mundial de Porto Alegre. Ese taller sobre las cuestiones de género contribuyó a la expansión de la *queer theology* en América Latina.

Todavía hoy pervive esa corriente, gracias a la labor de numerosos grupos de lectura *queer* de la Biblia, aunque con tendencia a agotarse por falta de reconocimiento académico o por haberse fragmentado en capillas y en una gran cantidad de subcorrientes LGTBQ+, declive natural de la «deconstrucción», un poco «a la manera del protestantismo» (según la expresión de Michael Brink Schröder).

Como era de esperar, la *queer theology* también fue violentamente cuestionada por el Vaticano en tiempos de Benedicto XVI. Se sancionó a algunos sacerdotes y se privó de la acreditación a algunos teólogos. En México, Ángel Méndez, de la Universidad jesuita iberoamericana, también fue castigado severamente por sus enseñanzas sobre la *queer theology*. «Abiertamente gay, seropositivo, y viviendo con mi *boyfriend*», como me confirma él mismo, Méndez fue despedido contraviniendo la ley mexicana que prohíbe cualquier discriminación en el trabajo. Pagó un alto precio por su sinceridad y sus enseñanzas teológicas LGTB. Recientemente, fue reintegrado en su puesto por el nuevo rector, un jesuita *gay-friendly*, David Fernández Dávalos.

La misma lógica es compartida por sacerdotes tan diferentes como Timothy Radcliffe, Paulo Evaristo Arns, James Alison, Carlos Mendoza Álvarez, Ángel Méndez, Luiz Carlos Susin y muchos otros teólogos gay o *queer*: la sinceridad, la autenticidad y el rechazo de la hipocresía en la cuestión de la homosexualidad. Sin ser ellos mismos necesariamente gais, saben que el porcentaje de homosexuales en la Iglesia es muy elevado.

James Alison, un hombre con sentido práctico que ha recorrido América Latina, pudo constatar que la mayoría de los sacerdotes llevan allí una doble vida.

—En Bolivia o en Perú, por ejemplo, los sacerdotes generalmente tienen una concubina. Los que son célibes a menudo son homosexuales. En realidad, yo diría que el clero diocesano rural es más bien heteropracticante; el clero religioso urbano, más bien homosexual practicante —resume Alison.

En cuanto a la guerra emprendida bajo el papado de Juan Pablo II contra los gays, y de la que el propio padre Alison fue una víctima, puesto que todavía hoy carece de título oficial, muchos consideran que fue muy contraproducente:

—Para la Iglesia, un derroche de energía desesperante —añade Alison.

Pero los tiempos cambian. La mayor parte de los teólogos de la liberación y de los sacerdotes progay mantienen hoy relaciones pacíficas con la santa sede. El papa Francisco mantiene buenas relaciones con Gustavo Gutiérrez, al que recibió en el Vaticano, y con Leonardo Boff, al que pide consejos. En cuanto a James Alison, el sacerdote sin parroquia que fue sometido a un proceso canónico irregular, acaba de recibir una llamada del Vaticano, en la que la persona que estaba al otro lado del hilo quería tener noticias suyas. ¡Todavía no ha salido de su asombro! Alison se niega a comentar conmigo esta conversación privada y a revelarme la identidad del que le llamó. Pero la información circuló por la curia y me entero del nombre de la persona que llamó a Alison desde la centralita del Vaticano: era el papa Francisco.

Durante los años ochenta, noventa y dos mil, Juan Pablo II y Benedicto XVI no descolgaban el teléfono: enviaban a sus perros guardianes. La Secretaría de Estado, la Congregación para la doctrina de la fe y la Congregación para los religiosos eran los organismos encargados de estos interrogatorios. Allí tienen un dossier de Timothy Radcliffe y James Alison, entre otros muchos. No faltaron las llamadas al orden, las vejaciones, los castigos y las imputaciones.

Durante treinta años, Joseph Ratzinger fue ese gran inquisidor. Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y luego soberano pontífice, creó un sistema sofisticado de sanciones, apoyado durante mucho tiempo por su genio maligno Tarcisio Bertone. Lo

que impresiona no es tanto la violencia o las excomuniones, al fin y al cabo escasas, como la perversión de Ratzinger y su afición a las humillaciones «martíricas». No autos de fe: ¡exámenes de conciencia! Ratzinger usa y abusa de toda una paleta de castigos graduales. ¡Y qué imaginación a la hora de sancionar!

Los que le contradecían, a menudo homosexuales o *gay-friendly*, fueron marginados o castigados, reprobados o mortificados, reducidos al estado laico, «inculcados», obligados al «silencio penitencial» o incluso privados de *missio canonica* (su trabajo deja de tener valor a los ojos de la Iglesia). El célebre teólogo Eugen Drewermann, que en *Fonctionnaires de Dieu* dinamitó la ideología del Vaticano de Juan Pablo II, fue duramente sancionado. La lista de excluidos, castigados o marginados es larga: el padre Charles E. Curran (un estadounidense demasiado tolerante con el divorcio, la píldora y la homosexualidad); el hermano Matthew Fox (un dominico heterosexual que pretendía casarse); el sacerdote estadounidense Robert Nugent (que estaba a favor de los gais); el jesuita belga Jacques Dupuis (especialista en religión en India); la religiosa y teóloga inglesa Lavinia Byrne (defensora de la ordenación de las mujeres); la religiosa y teóloga brasileña Ivone Gebara (con ideas demasiado liberales sobre la moral sexual y el aborto); o también el padre italiano Franco Barbero (que, en un libro escrito con el periodista Pasquale Quaranta, defiende que el amor entre personas del mismo sexo no se contradice con los Evangelios). Ni siquiera los muertos se libran: diez años después de su muerte, se revisa la obra del jesuita indio Anthony de Mello, famoso por su enseñanza progay de la Biblia, que respaldaba las manifestaciones de afecto entre religiosos según una «tercera vía» que no era ni la sexualidad ni el celibato, y fue declarado no aceptable.

Benedicto XVI, dando muestras de una especie de fanatismo personal, también suspendió a sacerdotes y a monjas que distribuían preservativos en África. Por no hablar del insólito nombramiento por parte de Juan Pablo II y Joseph Ratzinger del obispo francés Jacques Gaillot, que defendía a los homosexuales y el preservativo como medio de lucha contra el sida: acabó siendo nombrado obispo *in partibus* de Partenia, una sede episcopal situada en

el desierto de Argelia, sin parroquia ni fieles, puesto que la ciudad desapareció bajo la arena a finales del siglo v.

Joseph Ratzinger convoca a los recalitrantes una y otra vez para que se justifiquen durante días enteros, les obliga a confesarse, a comentar insistentemente una desviación, a describir un error, a justificar un simple «tono». Convencido de que la Iglesia no es susceptible de crítica porque encarna la moral en sí misma, ese hombre doctrinario recurre a menudo a argumentos de autoridad. Sus detractores consideran sus posiciones arbitrarias y dogmáticas, «justificadas por la ausencia de justificación» (según escribe Albert Camus en *El hombre rebelde*). Una rigidez tan artificial que al papa Francisco no le costará mucho cambiar o tumbar la mayoría de esos dictados.

Todos los que fueron excluidos, castigados o reducidos al silencio conservaron secuelas y estigmas severos: el desarraigo, la idea de haber perdido una familia, la parálisis económica provocada por la dificultad de encontrar un nuevo trabajo, el sentimiento de fracaso al final del «sometimiento voluntario»; y por último, o tal vez en primer lugar, esa indefinible añoranza de lo que llamaría la «fraternidad».

Tanto si fueron excluidos como si se marcharon voluntariamente, los sacerdotes que colgaron los hábitos no hicieron más que acelerar la gran crisis de vocaciones, movimiento silencioso y duradero que se inició en los años setenta. Algunos perdieron la fe tras la rígida encíclica sobre la moral sexual de Pablo VI, *Humanae vitae*; miles de sacerdotes colgaron los hábitos para casarse en los años setenta y ochenta; otros abandonaron la Iglesia tras la liquidación sistemática de los avances del Vaticano II en el papado de Juan Pablo II; otros, finalmente, abandonaron su parroquia a medida que los teólogos de derechas y la homofobia empezaban a controlar la curia romana.

Paralelamente, decenas de millones de fieles se alejan de la Iglesia por su desfase con el espíritu de los tiempos, sus posturas ultraconservadoras sobre el matrimonio, los derechos de las mujeres, los derechos de los homosexuales o el preservativo y el sida; muchos creyentes también se sintieron ofendidos ante las revelaciones sobre los abusos sexuales y la protección de la que gozaron centenares de sacerdotes depredadores. Las repetidas censuras del

cardenal Ratzinger apartan a la Iglesia de sus intelectuales; por último, los artistas también se alejan de una Iglesia que ya no se complace en la belleza de las cosas.

—Joseph Ratzinger creó a su alrededor un desierto teológico. Cerró todas las bocas. Era el único teólogo que tenía voz y voto. No toleraba que nadie le contradijera. Ratzinger fue el responsable de la asfixia de la libertad de pensamiento en la Iglesia y del espectacular empobrecimiento del pensamiento teológico católico de esos últimos cuarenta años —resume el padre Bento Domingues.

Ese reputado teólogo dominico al que entrevisté en Lisboa habla con absoluta libertad, porque a los 84 años ya no se deja impresionar por los autoritarismos. Añade, encolerizado:

—Ratzinger fue de una crueldad inimaginable con sus opositores. Llegó incluso a instruir un proceso canónico a un teólogo al que sabía condenado por un cáncer.

562

En el transcurso de esta investigación, he conocido en todo el mundo —en Portugal y en Japón, en Estados Unidos y en Hong Kong o en las misiones de África y de Asia— a sacerdotes liberales o *gay-friendly* que intentan hacer evolucionar a su Iglesia en su «periferia». Todos estuvieron en guerra contra Joseph Ratzinger o sus representantes conservadores locales.

Extrañamente, uno de los lugares donde esta oposición a Joseph Ratzinger fue más fuerte y a la vez más irreductible es el Oriente Medio. Durante mi estancia en ocho países árabes para realizar esta investigación, conocí a «cristianos de Oriente» y también a misioneros europeos que siguen «evangelizando» el Oriente Medio, olvidando a veces que el colonialismo es cosa del pasado.

En Roma, el «cerebro» del Vaticano encargado de esos cristianos de Oriente es el cardenal Leonardo Sandri. Ya conocemos a ese prelado: es un personaje como hay pocos, salvo quizá en el Antiguo Testamento, que está poblado de eminencias de este calibre, exuberantes, más allá del Bien y del Mal, cosa que les hace mucho más interesantes por sus contradicciones diabólicas y sus largas barbas que los personajes sosos de los *blockbusters* asépticos que son los evangelios.

El argentino, como ya sabemos, fue el «ministro del Interior» de Juan Pablo II y, tras haber sido condenado al ostracismo por Benedicto XVI, recibió como compensación un cargo, la dirección de la congregación encargada de los cristianos de Oriente. Cuando visito a ese «ministro» del papa, en su espectacular despacho de Vía della Conciliazione en Roma, me cruzo de entrada con una absurda camarilla de asistentes, secretarios, subjefes, ujieres y mayordomos que me atienden y me dejan impresionado. Varios de ellos habrían podido ser los compañeros de viaje de André Gide a Oriente.

Allí, más que en ningún otro lugar, el protocolo sigue tomándose muy en serio. Y descubro por qué son italianismos las palabras «antecámara», «peluca», «bancarrota», «caricatura» o «grotesco». Espero al cardenal Sandri primero en una inmensa sala, desde donde un ujier me conduce a un pequeño vestíbulo, luego un mayordomo me guía desde esta antecámara hasta una especie de gabinete, verdadero secretariado personal de su Eminencia, antes de introducirme por fin, con delicadeza, tal vez para no despertar a la bestia, en el gran despacho del coco en el que finalmente penetro. 563

El cardenal Sandri es imponente: tiene la frente ancha, obstinada, y un estilo apache. Recibe en su despacho, contraviniendo la orden oficial del Vaticano que obliga a todos los prelados a recibir en habitaciones privadas, por razones de confidencialidad. Rebelde y saltándose todas las normas, Sandri me invita a sentarme en su sofá. Habla un francés impecable, como muchos cardenales, y me trata con una simpatía encantadora. Me toma de la mano para enseñarme, desde su ventana, la oficina de la Orden de caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén —eso no se inventa— y me entrega un regalo de bienvenida: una medalla de oro (o chapada en oro) con el rostro del papa Francisco.

—¿Es usted creyente? —me pregunta Sandri durante la entrevista. (La entrevista se graba, con el consentimiento del cardenal.)

Le respondo que, después de la Ilustración, después de Spinoza, Nietzsche y Darwin, después de Voltaire y Rousseau, después de Rimbaud, resulta difícil, sobre todo para un francés...

—Sí, ¡la secularización! ¡Lo sé! —me dice Sandri, con mirada penetrante, voz de trueno, y enfurruñado.

Como muchos en el Vaticano, y en el mundo católico, Leonardo Sandri siente pasión por Oriente. Ese latino de sonrisa leonardesca adora los largos paseos en camello, la separación clara de los sexos, aunque por su cargo no se ocupa de los circuncidados.

Gracias a ese nuevo destino, Sandri descubre un nuevo Oriente en su vida, del que me habla extensamente: ese gran conocedor de los caldeos, de los sirios y de los melquitas me describe las sutilidades bizantinas de las iglesias de Oriente. Me proporciona direcciones para un viaje que voy a realizar a Líbano y a los Emiratos Árabes Unidos: me recomienda buenos contactos a los que puedo dirigirme de su parte. Sandri conoce el terreno como la palma de su mano. Cardenal, exdiplomático, nuncio, es uno de los mejores especialistas del Vaticano en las mil sutilezas del Medio Oriente, con sus Aladinos, sus lunares, sus derviches y su Kamar, sus doncellas y su Budûr, sin olvidar —claro está— a sus Alibabá y los cuarenta ladrones.

564 Esta pasión por Oriente la conocemos bien, tanto él como yo. Es la de las cruzadas y del catolicismo conquistador, la del monte de los Olivos, de san Luis y Napoleón. Pero el «viaje a Oriente» fue también un género muy apreciado por los escritores homosexuales: Rimbaud a Adén, Lawrence a Arabia, André Gide a Túnez, Oscar Wilde al Magreb, Pierre Herbart a África, Henry de Montherland a Argelia y Marruecos, Pierre Loti a Galilea, Jean Genet a Palestina, William Burroughs y Allen Ginsberg a Tánger... Escribe el Poeta: «Oriente, la patria primitiva».

—Muchos escritores que quisieron realizar el «viaje a Oriente», un gran clásico, eran homosexuales. El nombre de Sodoma siempre ha encerrado una enorme carga simbólica —comenta Benny Ziffer, el redactor jefe literario de *Haaretz*, en una comida en Tel Aviv.

¡Oriente es también una pasión gay! En cualquier caso, un gran mito, y duradero, esta evasión hacia Oriente: patria primitiva de los católicos, nueva Sodoma para los gais. Una escapada que a menudo resulta ser una ilusión, un engaño; un mero acoplamiento de miserias sexuales.

En el Próximo y Medio Oriente, en el Levante y en el Magreb, he visto en todas partes *houmous queens*, como se llama en el

Líbano a los que, no pudiendo satisfacer sus inclinaciones en la curia romana, en su diócesis o en su monasterio, se dirigen a las tierras de sus antepasados cristianos y de sus amantes. Cómo me han fascinado esos caballeros de la Orden de caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén, esos caballeros de la Orden de Malta, esos misioneros filántropos de la Obra de Oriente cuando mantienen una doble lealtad a la Iglesia y a las bellezas árabes. Qué extraños son esos peregrinos aterrorizados por el islam, pero que no sienten miedo alguno en los brazos de un musulmán que los condena. En Marruecos, en Argelia y en Túnez, donde también los he visto, esos sacerdotes a quienes halaga que les silben por la calle como si fueran princesas, me hablaron veladamente de los lugares *gay-friendly* que frecuentan, de los hoteles «conciliadores» y los riad lujuriosos. Por ejemplo, el clero católico europeo durante un tiempo solía ir al antiguo monasterio benedictino de Toumliline, aislado en las montañas del Atlas (según el testimonio de diplomáticos, de militares de alta graduación y de allegados de la familia real, con los que me entrevisté en Marruecos). También me describieron en Egipto el ambiente *gay-friendly* del Instituto Dominicano de Estudios Orientales de El Cairo. 565

Esta pasión por Oriente tiene ramificaciones incluso en el interior del Vaticano. Según el testimonio de un sacerdote de la curia y de un confesor de san Pedro, parece que el consumo de vídeos porno árabes en YouPorn sería importante, así como la utilización de la versión italiana de la plataforma vídeo citebeur.com y de una web que ofrece *escorts* árabes en Roma.

En Líbano, y gracias a la recomendación del simpático cardenal Sandri, me entrevisto con el nuncio apostólico Gabriele Caccia. El diplomático fue el joven asistente de Sandri en tiempos de Ratzinger, con el cargo de «asesor», es decir, una especie de número dos del «ministro del Interior» del Vaticano. Apartado por Tarcisio Bertone, fue desterrado a Beirut, donde me recibe. Una de las cabezas cortadas por Ratzinger parece encontrarse de maravilla y el arzobispo me dice que adora el Líbano (Francisco lo envió recientemente a Filipinas.)

La nunciatura está situada lejos del centro de la ciudad de Beirut, en Bkerké, al norte de la capital libanesa. Es un bastión cristiano: a dos pasos se encuentra Nuestra Señora del Líbano, y también la sede del Patriarcado de los Maronitas, una de las principales comunidades católicas de rito oriental. Caccia vive y trabaja allí, protegido por los soldados del ejército libanés, en una casita más abajo de la nunciatura (que estaba en obras cuando la visité). La vista sobre Beirut y el valle que la rodea es espectacular.

Como todos los diplomáticos del Vaticano, Caccia no puede hacer declaraciones sin autorización, de modo que nuestra conversación es en *off*. No obstante, me impresiona su conocimiento del país y su valentía: viaja a todas partes por su cuenta y riesgo vestido de arzobispo, con el birrete de seda tornasolada violeta de los nuncios apostólicos bien visible sobre la cabeza. La guerra está cerca de aquí: no hay apariencias ni recepciones elegantes. Caccia no me entrega un regalo de bienvenida, sino el Evangelio según san Lucas, traducido al árabe.

566

Las iglesias católicas de rito oriental se mantienen fieles a Roma, pero en ellas los sacerdotes pueden ser hombres casados. Es el núcleo de la gran contradicción del Vaticano, que se ha visto obligado, muy a su pesar, ¡a reconocer esta heterosexualidad activa!

—El celibato sacerdotal es una decisión relativamente reciente. ¡Incluso en Roma los sacerdotes se casaban hasta el siglo xi! Aquí, se mantienen fieles a la tradición: los sacerdotes a menudo están casados. En cambio, una vez ordenado, ya no es posible casarse y los obispos siempre se eligen entre los sacerdotes célibes —me explica el obispo Samir Mazloum, portavoz del patriarca maronita, al que entrevisté en Beirut.

Los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, muy disgustados por esta excepción oriental, que consideraban anormal, hicieron todo lo posible por restringirla. Para ello, se opusieron durante mucho tiempo a que los sacerdotes católicos de Oriente pudieran ejercer su ministerio en las iglesias europeas si estaban casados: una solución que habría podido atenuar la crisis de vocaciones en Europa. Pero el precedente de los anglicanos o de los luteranos convertidos los llevó a tolerar esas excepciones que el papa Francisco ha generalizado: ahora, muchos sacerdotes católicos que ejercen en las

iglesias de Francia, de España o de Italia están... casados. Respecto al celibato y al casamiento de los sacerdotes, los cristianos de Oriente representan una oposición larvada a las reglas impuestas por el Vaticano.

El sacerdote maronita Fadi Daou, profesor de teología y presidente de la importante fundación Adyan, con el que hablo en Beirut en presencia de mi investigador árabe Hady el Hady, me resume así la situación:

—Somos cristianos de Oriente fieles a Roma pero independientes. Se calcula que el 55 % de los sacerdotes maronitas están casados; nosotros elegimos libremente a nuestros obispos. Somos más liberales en ciertas cuestiones, como el celibato de los sacerdotes, justamente; y más conservadores en otras, como la condición de las mujeres o la homosexualidad. El papa Francisco ha reconocido la singularidad de nuestras iglesias al autorizar a nuestros sacerdotes a ejercer su ministerio en Europa occidental. —(Con la misma prudencia, monseñor Pascal Gollnish de la Obra de Oriente y el cardenal Louis Raphael Sako, el llamado patriarca de Babilonia, que representa a la Iglesia católica caldea, me confirmaron en nuestras conversaciones en París esas informaciones.) 567

Algunos sacerdotes, periodistas y universitarios católicos, a los que conocí en la región, me señalaron que «los católicos estaban amenazados en Oriente, como los homosexuales». Esas dos «minorías» serían en el mundo árabe enemigos por igual. Un sacerdote libanés me lo confirma:

—El mapa de la persecución de los católicos coincide extrañamente, y casi perfectamente, con el mapa de las persecuciones contra los homosexuales.

En el Extremo Oriente, mucho más allá del Oriente Próximo, que tanto agrada a los franceses, y del Oriente Medio de los ingleses, la situación también es diferente. Las «periferias» más lejanas viven el catolicismo con mayor libertad, disidentes a su manera. Allí la Iglesia de Roma suele ser muy minoritaria, salvo en Filipinas y Timor Oriental y, en menor medida, en Corea del Sur y Vietnam.

En la santa sede, el responsable de la «evangelización» de Asia y de África es el cardenal Fernando Filoni. Apodado el «papa rojo», está al frente de uno de los ministerios estratégicos para el futuro del catolicismo. Nuncio también y próximo al cardenal Sodano, Filoni estuvo destinado en Irak a principios de los años dos mil, donde dio muestras de auténtico valor, cuando la mayoría de los diplomáticos occidentales habían abandonado el país, incluso antes de la intervención militar estadounidense contra Saddam Hussein.

Me encuentro con él en la sede histórica de Propaganda Fide, la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, un edificio célebre diseñado por Bernini, en la Piazza di Spagna de Roma.

—El nombre de «papa rojo» se utiliza por contraste con el del santo padre, que es el «papa blanco», o con el del superior de los jesuitas, que es el «papa negro» —me explica Filoni en un perfecto francés.

568 En unos veinte viajes realizados a una decena de países de Asia, y especialmente en Japón, en Hong Kong, en Taiwán, en Singapur y en China, pude comprobar hasta qué punto el catolicismo asiático tendía a flexibilizar algunas de las intransigencias impuestas por Roma. En contacto con las iglesias locales y con las Misiones Extranjeras, observé una gran disparidad entre las reglas y las prácticas: el celibato de los sacerdotes heterosexuales, contrario a la cultura local, generalmente es poco respetado, y el número de misioneros católicos europeos homosexuales es especialmente importante en estos países.

En China, país donde el catolicismo romano es clandestino, la vida privada de los sacerdotes y de los obispos católicos es objeto de una vigilancia activa por parte del régimen que no duda en «utilizar» la posible doble vida de los eclesiásticos —a menudo activamente heterosexual— para controlarlos o «comprar» su cooperación (según distintos testimonios directos recogidos en Pekín, Shanghái, Cantón, Shenzhen, Hong Kong y Taiwán). No obstante, el trabajo de los sacerdotes locales en China, como el del padre jesuita Benoît Vermander, al que tuve ocasión de conocer, es ejemplar teniendo en cuenta los riesgos. El de los misioneros extranjeros, llamados aquí «paracaidistas» porque llegan a tierras de evangelización y se mantienen aislados durante mucho tiempo, muchas veces exige incluso un gran valor.

En Japón, en el entorno de un obispo influyente, me confirman que la iglesia nipona es muy liberal y que, por esta razón, sus obispos tuvieron problemas con Benedicto XVI:

—El episcopado prefiere evitar los conflictos. Somos fieles a los principios de tolerancia, de ecuanimidad y de consenso que prevalecen en la isla. Aceptamos con buena voluntad las órdenes de Roma, pero seguimos haciendo lo que creemos bueno para Japón, sin preocuparnos demasiado del Vaticano —me explica un sacerdote próximo a la Conferencia Episcopal Nipona.

Durante el sínodo de 2014, y según me confirma el padre Pierre Charignon, un capellán enviado a Tokio por las Misiones Extranjeras de París, la Iglesia católica japonesa elaboró un documento oficial de quince páginas en el que lamentaba las posturas de Roma; criticaba su «falta de hospitalidad» y sus normas «artificiales» sobre la contracepción, el preservativo o las parejas divorciadas.

—Nosotros preferimos a Francisco —me confirma en Tokio Noriko Hiruma, una de las responsables del comité Justicia y Paz de la conferencia de obispos japoneses.

569

Durante mi estancia, visité una iglesia católica defensora del movimiento LGTB en el distrito gay de Shinjuku ni-chome. En ella, un sacerdote defiende abiertamente el matrimonio para las parejas del mismo sexo y distribuye preservativos a los jóvenes del *gayborhood*.

La oposición a Joseph Ratzinger es menos discreta en las «periferias» espirituales de Europa occidental. En Alemania, en Austria, en los Países Bajos, en Bélgica, en Suiza, pero también en los países escandinavos y en Irlanda, se denuncia la inflexibilidad del papa. Sectores enteros de la Iglesia manifiestan incluso su disidencia.

—Esta es una parroquia católica como cualquier otra —me dice Monica Schmid.

Y en efecto, visito con ella la iglesia moderna y pulcra de Effretikon, en Suiza, donde no parece haber ninguna discordancia con la doctrina católica, ¡salvo que esta mujer generosa, Monica Schmid, es el párroco!

Schmid me describe su iglesia al detalle y con pasión, la amplia

serie de sacramentos y rituales disponibles, y adivino que tiene una preparación en teología y liturgia mayor que la mayoría de los sacerdotes. «Su» iglesia es moderna y abierta, y son muchos los parroquianos que le son fieles (según Meinrad Furrer, un asistente pastoral católico que me acompaña en varios viajes a Suiza).

Tras varias estancias en Illnau-Effretikon, Zúrich, Ginebra, Lausana, San Galo, Lucerna y Basilea, constato que cada vez son más las mujeres y los laicos que ofician en Suiza. Muchos religiosos asumen públicamente su homosexualidad y se organizan. Algunos, que se mueven en zona gris, todavía conservan la autorización para celebrar la misa; otros se limitan a predicar pero sin consagración. Existen asociaciones, como Network en Zúrich, que reúne específicamente a católicos LGTB. Algunos sacerdotes que conocí imparten bendiciones a las parejas homosexuales. Todos se enfrentaron abiertamente a Joseph Ratzinger y ahora exigen que se escuche por fin a «la iglesia de abajo» («Kirche von Unten»).

570

Por supuesto, Roma y en especial el papa Benedicto XVI procuraron por todos los medios llamar al orden a esas parroquias disidentes, pidiendo a los obispos suizos que las sancionaran. Estos últimos, a veces con mucho celo, intentaron que se aplicara la regla *unfriendly* de Roma, antes de ser «denunciados públicamente» por la prensa por su doble vida. De modo que se decretó un alto el fuego. ¡Y ahora ya no se meten con los disidentes suizos progáis!

En Alemania, la oposición es aún más frontal. En el seno mismo de la Iglesia, el episcopado alemán fue superado por la base, opuesta frontalmente al Vaticano. Los alemanes, que en un principio aceptaron favorablemente la elección de Benedicto XVI, muy pronto se sintieron decepcionados. El papa suscitó una oleada de protestas sin precedentes, hasta el punto de convertirse en persona non grata en su propio país. Sus posturas morales, consideradas reaccionarias, fueron rechazadas incluso por los católicos: cuando el papa viajó a Berlín, salieron a la calle decenas de asociaciones familiares, feministas, laicas u homosexuales. En ese mismo viaje, más de un centenar de diputados anunciaron el boicot a su discurso en el Bundestag, y hasta el presidente del parlamento reclamó al papa un cambio en su doctrina sobre el celibato de los sacerdotes. Por último, el presidente de la república, casado dos veces, criticó

públicamente las posturas morales del santo padre frente a las parejas divorciadas.

—La mayoría de los teólogos alemanes se oponen a Ratzinger —me explica en Berlín el exdiputado Volker Beck, que participó en el boicot al papa.

La voz de Joseph Ratzinger apenas se escucha en su propio país. Casi el 90 % de los alemanes cuestiona el celibato de los sacerdotes y la prohibición de ordenar a las mujeres. Asimismo se han multiplicado los movimientos de sacerdotes homosexuales y las asociaciones de creyentes LGTB, hasta el punto de ser uno de los componentes más dinámicos de la Iglesia, apoyados a veces por el clero local. El cardenal Reinhard Marx, arzobispo de Múnich y presidente de la Conferencia Episcopal Alemana, es uno de los pocos ratzinguerianos que se ha mostrado receptivo a la cuestión gay: en 2018 ha dado a entender, midiendo sus palabras, que los sacerdotes católicos podrían organizar en algunos casos «ceremonias de bendición para las parejas homosexuales». Este prelado sabe, mejor que otros, que hay sectores enteros del catolicismo de lengua alemana enfrentados con el Vaticano, que los sacerdotes gais son mayoritarios en las iglesias germánicas y de la Suiza de lengua alemana, y más numerosos aún entre los jesuitas, franciscanos o dominicos alemanes.

El escándalo del cardenal arzobispo de Viena, Hans Groër, contribuyó a abrir los ojos: intransigente, homófobo y homosexual practicante, el cardenal llevó una doble vida hasta que le atraparon sus viejos demonios. Acusado por jóvenes sacerdotes de tocamientos y abusos sexuales, fue objeto de numerosas denuncias. Y, a medida que la lista de víctimas se ampliaba —más de mil entre niños y jóvenes de la diócesis—, el asunto Groër se convirtió en un escándalo en todo el mundo germánico.

Durante el proceso, salen a la luz los apoyos recibidos desde las altas esferas. El nuevo arzobispo de Viena, Christoph Schönborn, critica con valentía el papel del papa Juan Pablo II en este asunto, y el de su adjunto Angelo Sodano, que, en su opinión, habrían protegido al cardenal pedófilo.

Detengámonos un instante en la figura de Schönborn. El sucesor de Groër en Viena es uno de los cardenales más *gay-friendly* de la Igle-

sia actual. Lector apasionado de Jacques Maritain y de Julien Green (que está enterrado en Austria), enamorado de Oriente y visitante habitual del Hospicio austríaco de Jerusalén, en privado Schönborn se muestra sensible a los problemas de las personas homosexuales. A finales de los años noventa, por ejemplo, el arzobispo de Viena impulsa la creación del diario *Dialog*, editado por la diócesis y con una difusión de cientos de miles de ejemplares entre los católicos austríacos. En sus columnas surge el debate sobre el celibato de los sacerdotes o la administración de sacramentos a las parejas divorciadas.

—Lanzamos este diario alentados y financiados por la diócesis, con el apoyo constante del arzobispo Schönborn y de su vicario general Helmut Schüller. Seguíamos siendo leales a la Iglesia, pero al mismo tiempo el debate era cada vez más abierto... —me explica Martin Zimmer, su redactor jefe, en varias entrevistas celebradas en Lucerna, donde ahora vive con Peter, su compañero.

La apertura tiene límites: Schönborn pone fin a la experiencia cuando la orientación homosexual de la revista es demasiado evidente; sin embargo, el impacto de esta publicación en el catolicismo persistirá durante largo tiempo.

También fue del entorno inmediato del arzobispo de Viena de donde surgió en 2006 la Pfarrer Initiative («Iniciativa de los párrocos»), cofundada justamente por el padre Helmut Schüller. Ese movimiento muy influyente pretende organizar grupos de sacerdotes que están en desacuerdo con la Iglesia. En 2011, el propio Schüller lanza una «Llamada a la desobediencia», firmada por unos cuatrocientos sacerdotes y diáconos, para reclamar la supresión del celibato y la ordenación de las mujeres. Por su parte, el grupo «Wir sind Kirche» («Somos Iglesia»), nacido en pleno escándalo Groër, también pretende reformar la Iglesia austríaca y reúne más de 500.000 firmas en apoyo de esta orientación liberal.

La mayor parte de esos movimientos y grupos recibió duros ataques por parte del cardenal Joseph Ratzinger y de Benedicto XVI, más tarde.

—El papa se mostró mucho más crítico con estas asociaciones católicas progáis que con el cardenal pedófilo multirreincidente Hans Groër. ¡Ni siquiera fue reducido al estado laical! —observa un teólogo de lengua alemana.

En este contexto, Christoph Schönborn navega con cautela, con una especie de silencio amable ante los numerosos sacerdotes y obispos gais de su país: una especie de *Don't Ask, Don't Tell* muy propio de él, según la expresión de uno de sus antiguos colaboradores. Se abstiene de plantear preguntas a su entorno, por miedo a las repuestas que podría obtener. De modo que sigue incluyendo gais en las iniciativas del arzobispado de Viena y confiesa estar impresionado por la solidaridad, de la que ha sido testigo, en las parejas homosexuales ante el problema del sida. «Era ejemplar. Punto», declaró. En sus frecuentes estancias en Francia, el cardenal viajero se encuentra con sus correligionarios *gay-friendly*, sobre todo en el convento de los dominicos de Toulouse, donde pude conocerles. Schönborn también escribió una carta de felicitación, que pude leer, a una pareja de homosexuales austríacos que acababa de comprometerse en una unión civil. Y el 1 de diciembre de 2017, Schönborn incluso celebró una misa *gay-friendly* en Viena, en la que rindió homenaje a los enfermos del sida. Naturalmente, hoy Schönborn forma parte del entorno del papa Francisco.